

Miguel Ángel Martos Sánchez

El último pasajero



© 2021 Editorial Independiente

© Miguel Ángel Martos Sánchez, 2021

Primera edición: Marzo, 2021

Cubiertas: Juan Carlos Martínez y Mar Creativos ©
www.marcreativos.com

Corrección: Pedro J. Plaza González

Editorial Independiente
Ediciones Literarias Independientes, S.L.
www.editorialindependiente.com

ISBN: 978-84-123608-0-6

Depósito legal: MA 403-2021

P.V.P: 16,00 €

Impreso por: Publicep IdPrint

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de este libro por cualquier medio sin la previa autorización por escrito de los propietarios del *copyright*.

Capítulo 1

El frío húmedo, tan típico de los inviernos de Málaga, ese que atraviesa los abrigos y se pega a los huesos, había perdido intensidad hasta convertirse en una inesperada brisa fresca. Nadie hubiera imaginado cuánto cambiaría todo en unas horas en un lugar no muy lejano.

Era la noche del 30 de enero de 2012 y en el reloj digital de la estación de autobuses dieron las 11:55. En el andén 21, once personas acababan de dejar sus equipajes en el maletero del autobús que cubría el trayecto desde Málaga a Madrid. El motor estaba en marcha. Matías, el conductor, un hombre delgado y de pelo gris, iba nombrando en voz alta a cada pasajero antes de darles paso para que subieran y ocuparan sus asientos.

A las 11:59, un taxi se detuvo frente a la estación. Una mujer, vestida con un abrigo *beige* y una bufanda roja, salió apresuradamente del vehículo, llevando de la mano una pequeña maleta y un bolso negro. Entró en el *hall* y vio que estaba desierto. Todas las tiendas se encontraban cerradas a esas horas, a excepción de la cafetería del fondo a la derecha, junto a los baños. Ella se llamaba Ángela y, como solía pasarle cuando se encontraba sola en una estación o en un aeropuerto, le invadió la sensación de que no pertenecía a ningún sitio o de que no la esperaba nadie en ningún lugar.

Pero esa noche no había tiempo para que la tristeza de las estaciones se quedara a su lado. Salió a la zona de los andenes y se encaminó con paso ligero hacia el único autobús que localizó allí. Dejó la pequeña maleta en el portaequipajes, mostró su billete a Matías y este cerró el maletero de prisa.

—Buenas noches —saludó Ángela al conductor, mientras le seguía hasta el interior del autobús—. Soy Ángela Martín.

—Buenas noches, señorita. Vamos a ver... Ángela... —buscó Matías en su lista—. Bien, solo me faltaba usted, y por muy poco no la dejo en tierra. Tenga, en esta bolsa tiene una botella de agua, galletas, avellanas y unos auriculares, por si desea escuchar la película.

Matías se sentó al volante, accionó el cierre de la puerta y aguardó a que la mujer del abrigo *beige* encontrara su asiento y se sentara por fin. Luego el motor rugió con fuerza y comenzó la maniobra de marcha atrás para salir del andén. Y, de repente, un frenazo. Algunos pasajeros dejaron de mirar sus teléfonos móviles y buscaron por las ventanas el motivo del brusco parón. Al parecer, un hombre había aparecido de la nada y se había cruzado por detrás del autobús. De no haberlo visto Matías, lo hubiera atropellado. Aquel hombre rodeó el bus hasta llegar a la puerta y golpeó el cristal. Matías la abrió y, sin esperar a que hablara, le recriminó la temeridad.

—¡Caballero! ¿Cómo se le ocurre pasar por detrás del autobús cuando vamos marcha atrás? Menos mal que he visto algo moverse en el retrovisor y he reaccionado a tiempo...

—Disculpe, andaba distraído por los andenes y no vi que se puso en marcha. ¿Es este el autobús nocturno que va de Málaga a Madrid?

—El mismo, sí, señor; pero no me falta ningún pasajero. Debería haber comprado su billete con antelación, bien en ventanilla o bien por internet.

—Mire su listado de nombres, por favor, debe de tratarse de un error. Tengo mi billete en el bolsillo. Deje que se lo muestre.

Matías resopló y activó el freno de mano. Entonces sacó de la guantera el listado con los nombres de los pasajeros.

—¿Ve usted? Los tengo a todos tachados. No me falta nadie en este viaje.

—Tenga mi billete. Compruébelo, por favor —aquel hombre le entregó un papel doblado y Matías lo desplegó, desconfiado.

—Cristian Santos... Cristian Santos... ¿lo ve? No está usted en mi lista.

—Pues mire entonces mi billete con atención, es auténtico...

—Auténtico sí que se ve... No sé, no lo entiendo. Habrán metido la pata los compañeros del mostrador. ¡Tanto ordenador y tanta maquinita para esto! No están en lo que están. Bueno, pase y vaya a su asiento, por favor. Ya lo aclararé mañana con el supervisor.

—Muchísimas gracias. No sabe cuánto se lo agradezco.

Aquel hombre se dio la vuelta y comenzó a recorrer el pasillo, pero Matías no le quitó el ojo de encima, desde el espejo interior, mientras avanzaba por el autobús. Era alto, con el pelo corto y moreno. Lucía una poblada y cuidada barba. Tendría unos treinta y cinco años. Era un hombre atractivo y de complexión fuerte. Vestía un vaquero oscuro, un jersey blanco de lana gruesa y un abrigo gris.

Los viajeros observaron con curiosidad al recién llegado al pasar junto a ellos; sin embargo, Ángela se fijó en él y sintió un escalofrío cuando este se detuvo a su lado. Lo miró a los ojos, y él miró a los de ella, y una especie de vértigo la hizo agarrarse al reposabrazos. Después, aquel extraño le sonrió y continuó avanzando hasta su asiento, varias filas más atrás. Matías seguía observándolo desde el espejo interior y, en cuanto lo vio sentarse, resopló de nuevo y movió la cabeza a ambos lados, recordando que podría haberlo atropellado por culpa de su imprudencia. Metió marcha atrás y prosiguió con la manobra de salida del andén.

El autobús abandonó la estación y recorrió la Calle Mauricio Moro. Luego subió por el Puente de las Américas, giró al final y, cambiando de sentido, entró en la Avenida de Andalucía. Ángela se puso a contemplarla con atención desde su ventana. «Esta avenida infinita», pensó, y por un momento sintió algo parecido a la felicidad. Disfrutó al contemplarla, de madrugada, solitaria y sin apenas tráfico, iluminada por la luz anaranjada de las farolas. «Esta luz tan bonita hace que las ciudades parezcan más hermosas durante la noche», se dijo. Entonces, sacó del bolso su MP3, lo encendió y fue buscando entre los archivos: tecno-pop de los ochenta, pop de los noventa, canciones románticas para el desamor... Se detuvo en esta carpeta y eligió la primera canción. Ángela viajaba esa noche a Madrid con la esperanza de salvar su amor.

En unos minutos, aquella solitaria avenida y su hermosa luz se difuminaron en la oscuridad de la autovía.

Miguel Ángel Martos Sánchez

El último pasajero



Nota

El libro en su formato de papel consta de 194 páginas.